

el mismo Cros (p. 108), de que el *Buscón* defiende el régimen estamental, y está en contra la movilidad social, actitud que se puede asociar con el disgusto evidente que penetra las descripciones del libro. Hay que recordar que aun cuando Quevedo utiliza imágenes populares, al quitarles lo que tienen de alegre y renovador, son formas invertidas y no auténticas imágenes carnalescas. Hay que precisar, además, que varias de las imágenes propiamente sórdidas, como la persecución de brujas o el ambiente de estafadores y delincuentes que son el fondo de la novela, no entran en el mundo descrito por Bakhtine con el nombre de carnalesco. Esas imágenes no se relacionan con la necesidad del hombre de hacer valer el dominio del cuerpo y de la reproducción ante un mundo autoritario que repudia tales exigencias, sino que constituyen formas de asimilación a la autoridad, bien complaciéndola bien imitándola.

El problema que me indujo a indagar sobre la efectividad del libro que comento es que el análisis no me parece que aclare lo suficiente las grandes formas del *Buscón*. Agrego, como ejemplo, el análisis de la arquitectura narrativa (pp. 91 ss.) que, según el autor, se adecúa a los tres libros en que el *Buscón* se subdivide en la edición crítica de Lázaro Carreter, 1956. En este análisis el autor se desentiende del hecho tan importante de que se enfrentan aquí dos actitudes diferentes del protagonista en escenas similares (rechazo, hasta que ha cobrado su herencia, aceptación en los capítulos posteriores) que detallaron Dunn y Morris, conformando una construcción binaria que prevalece sobre todos los otros principios de orden que se pueden observar.

REGULA LANGBEHN ROHLAND

*Antología de cuentos mexicanos*, ed. María del Carmen Millán. Editorial Nueva Imagen, México, 1977; 2 ts. 230, 214 pp.

En una breve introducción a esta recopilación —que reúne cuentos de treinta escritores—, la profesora Millán empieza con un repaso, que me parece demasiado breve, de las más conocidas antologías que preceden a ésta. El recorrido va desde la colección de Bernardo Ortiz de Montellano (1924) hasta los numerosos trabajos de compilación de E. Carballo realizados entre 1956 y 1968, incluyendo lo que parecería ser una mención “honorífica” a los esfuerzos de Joaquín Ramírez Cabañas, José Mancisidor y Luis Leal. Señala de manera imprecisa la aparición de algunas “colecciones especiales dedicadas al cuento” (p. 8), como, por ejemplo, “Tehutli”, “Cuentalia”, “El cuento” y “Colección Lunes”, pero la forma esquemática en que las presenta no nos permite saber qué características tienen estas publicaciones.

Después de esta primera parte del prólogo hay un salto en la presentación; los párrafos que siguen se caracterizan por afirmaciones generalizadas sobre los cambios que se han producido en el género y la

manera en que los críticos de la literatura lo aprecian. Por ejemplo, según C. Millán, los críticos "ya no mencionan al cuento como un género menor, derivado de la novela, o como ejercicio preparatorio del novelista que inicia su adiestramiento, sino como una forma expresiva con tradición y caracteres propios y con flexibilidad suficiente para adaptarse al tiempo de que es imagen" (*loc. cit.*).

Inevitablemente (ninguna elección de materiales es gratuita, o si lo es, ningún compilador lo admite), se llega a una justificación de la selección de cuentistas (no hay intento de justificar la selección de cuentos). El criterio de la profesora Millán me parece algo arbitrario: para hacer la antología, dice, "se ha tomado en consideración solamente cuentos incluidos en libros, sin detenerse en la revisión de revistas, diarios u otras publicaciones que con seguridad guardan muestras importantes del género [...]. Muchos escritores notables, novelistas, poetas, periodistas, filósofos que también han escrito narraciones valiosas, no aparecen aquí, ya que su obra ha tenido mayores y mejores oportunidades de ser conocida" (p. 9). Pero ¿quiénes son estos fantasmas que ocupan un lugar prominente en las letras mexicanas y que no han sido incluidos? Yo me atrevería a afirmar que al reunir cuentos de Juan de la Cabada, José Revueltas, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, José de la Colina y José Emilio Pacheco (entre otros), C. Millán ha incluido a la mayoría de los cuentistas "notables" que han publicado entre 1927 y 1976.

Según dice la profesora Millán, "se pretende con esta selección estimular el interés del público no especializado por nuestros escritores, para encontrar con ellos, no únicamente el testimonio de la problemática de su país y de su tiempo, sino la sensibilidad del hombre moderno que participa de las inquietudes universales y las expresa con la originalidad de un artista que puede manifestarse al través de variados recursos técnicos" (p. 9). Los cuentos (más que su selección) que estos dos tomos reúnen son, efectivamente estimulantes, y constituyen un incentivo para que el lector participe en la experiencia personal de cada escritor. También vale la pena señalar que las notas que preceden a los cuentos de cada autor son, en su mayor parte, excelentes. Por su diversidad temática y el placer de la lectura que estos textos brindan, ésta es una antología que el lector disfrutará.

JANET E. DUDLEY